

## ALGUNOS EJEMPLOS DE TRANSDIEGETIZACIÓN ESPACIO- TEMPORAL EN *EL QUIJOTE DE JOSÉ MARTÍNEZ RIVES*<sup>1</sup>

MARÍA LUISA TOBAR

Correspondiente de la Real Academia Burgense  
de Historia y Bellas Artes, Institución “Fernán González”

### RESUMEN

En la segunda mitad del siglo XIX José Martínez Rives escribe una tercera parte de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* que firma con el pseudónimo de Bachiller Avellanado. El autor traslada a Don Quijote y a Sancho a su época, pero mantiene las características esenciales de los personajes. En este artículo nos proponemos llevar a cabo un estudio de la intertextualidad analizando algunos episodios de la novela para examinar los mecanismos de transdiegetización espacio-temporal que oportunamente hace el autor al colocar a sus personajes en un contexto histórico-social diverso. Para realizar nuestro estudio hemos elegido la última de las cuatro versiones escritas por Martínez que fue publicada en el periódico burgalés *Fígaro*.

### PALABRAS CLAVE

José Martínez Rives, Tercera parte del Quijote, Transdiegetización, novela siglo XIX.

### ABSTRACT

In the second half of the nineteenth century José Martínez Rives, writes a third part of *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* which he signs with the pseudonym of Bachiller Avellanado. The author moves Don Quixote and Sancho to his time, but he maintains the essential feature of the characters. In this article we intend to conduct a study of the intertextuality analyzing some episodes of the novel to examine the mechanisms of the diegetic transposition of the space-time that the author appropriately carried out placing their characters in a different socio-historical context. For our study we have chosen the last of the four versions written by Martínez Rives that was published in the newspaper *Fígaro* from Burgos.

### KEY WORDS

José Martínez Rives, Third part of Don Quixote, Transdiegetización, XIXth century novel.

### 1. CONSIDERACIONES PRELIMINARES

Entre 1864 y 1865 se publica por entregas, en *El eco burgalés*, una tercera parte de *El Quijote*<sup>2</sup> firmada por El Bachiller Avellanado pseudónimo de José

<sup>1</sup> Fecha de recepción: 11 de diciembre de 2015. Fecha de aceptación: 15 de diciembre de 2015.

<sup>2</sup> *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, 3ª parte escrita por el Bachiller Avellanado, Burgos, Impr. de Blas González, 1865.

Martínez Rives<sup>3</sup> que fue su director y propietario. Aunque parece que no se han conservado ejemplares ni del periódico ni de la edición encuadernada, Domingo Hergueta no solo da noticias de la obra sino que, además, transcribe el prólogo y el título de los capítulos<sup>4</sup>. En 1866 se empieza a publicar una segunda edición, que los editores justifican por el gran éxito que había tenido la primera; la obra, como se lee en las condiciones de suscripción, constaría «de unas ochenta entregas de diez y seis páginas cada una, de abundante lectura, elegantemente impresas» pero el único ejemplar que se conserva<sup>5</sup> solo tiene 80 páginas que corresponderían a las 5 primeras entregas. Otras dos veces intentó Martínez Rives llevar a término su *Quijote* en periódicos burgaleses que él mismo dirigía: una, a partir del 1 de marzo de 1868, en *El Caballero de la Triste Figura*<sup>6</sup> y otra, a partir del 5 de octubre de 1879, en el *Fígaro*<sup>7</sup>. Pero ambos periódicos se suspenden después de algunos meses por lo que, como dice el autor mismo, al anunciar el cese del *Fígaro* «la tercera parte del *Quijote* está escrita, pero el hombre no puede hacer imposibles, aunque el *Fígaro* haya realizado el de llegar a la publicación del capítulo veinte y cuatro del Ingenioso Hidalgo»<sup>8</sup> y añade que guarda el manuscrito terminado para que «lo envuelvan con la tierra de sepulcro, si Dios no dispone otra cosa»<sup>9</sup>.

<sup>3</sup> Para moticas del autor, muy apreciado en su época y hoy casi completamente olvidado, remitimos a los siguiente trabajos: María Luisa TOBAR, «De cómo el bachiller Avellanado hizo que Don Quijote despertara de su secular sueño en la cueva de Atapuerca», *Añil. Cuadernos de Castilla-La Mancha*, n. 30 (2006), pp. 11- 14; «Una tercera parte de Don Quijote del siglo XIX, compuesta por el bachiller Avellanado», *L'Insula del Don Chisciotte*, Palermo, ed. Caterina Ruta e Laura Silvestri, Flaccovio, 2007, pp. 177-190; «José Martínez Rives, profesor, periodista y escritor “burgalés”, autor de una tercera parte de Don Quijote», *Boletín de la Institución Fernán González* LXXXVIII, 239 (2009/2), pp. 337-383; «Nuevas andanzas de don Quijote en el siglo XIX: del hipotexto cervantino a los hipertextos de Martínez Rives y Otero Pimentel», *Recreaciones quijotescas y cervantinas en la narrativa*, ed. Carlos Mata Induráin, Pamplona, EUNSA, 2014 pp. 349-363.

<sup>4</sup> El primer tomo consta de 30 capítulos de 534 páginas y el segundo, llega hasta la página 482 del capítulo 23 interrumpiéndose la narración en la página 482, «¡cuántas generaciones aquí yacen!» (Domingo HERGUETA Y MARTÍN, *La imprenta en Burgos y su provincia*, tomo III, Texto mecanografiado, Burgos, [1928], p. 59). Se refiere a Clunia donde Don Quijote y Sancho se encuentran en ese momento.

<sup>5</sup> *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Tercera parte escrita por el Bachiller Avellanado, Burgos, Tipografía Anselmo Cariñena, 1866, (BNE, CERV.SEDÓ/5545).

<sup>6</sup> *El caballero de la Triste Figura. Periódico semanal de Bellas Letras*, Tip. de Timoteo Arnaiz, n. 1, 1 marzo 1868, p. 1.

<sup>7</sup> *El Fígaro. Periódico especial*, se publicaba cuatro veces al mes por la imp. de la vda. de Villanueva.

<sup>8</sup> *El Heraldo de Castilla*, 31 marzo 1880.

<sup>9</sup> *Ibidem*.

Cada una de las cuatro ediciones hechas por Martínez Rives presenta variantes, a veces mínimas y otras bastante importantes, pero en todas ellas Don Quijote y Sancho, después de volver a una nueva vida en la cueva de Atapuerca, recorren las tierras burgalesas; sin embargo no en todas siguen el mismo itinerario, ni viven siempre las mismas aventuras. Llama la atención que en la versión de *Fígaro* Martínez Rives no haya incluido el prólogo dedicado «al que leyere u oyere leer», en el que el autor explica cómo la idea de escribir una continuación de la obra cervantina se había convertido en una verdadera obsesión; también informa a los lectores de las muchas horas que ha pasado recorriendo las tierras burgalesas inspeccionando los lugares por los que habría de pasar el hidalgo manchego, pidiendo perdón al lector por la ocurrencia de haber osado traerlo a sus días para que «piense y viva en ellos al más conienzudo y casto caballero que vieron y verán los anales de las naciones»<sup>10</sup>

El propósito de este trabajo es realizar un análisis de algunos casos de transdiegetización en el *Quijote* de Martínez Rives, concentrando nuestra atención en su despertar en la Cueva de Atapuerca y en sus combates contra imaginados gigantes. Basamos nuestro estudio en la última redacción, es decir la publicada, entre 1879 y 1880, en el *Fígaro*. Aunque esta última versión, como hemos dicho, carece de prólogo, contiene, en cambio, un número mayor de capítulos y presenta un estilo más depurado. La obra, que se configura como una continuación del *Quijote* cervantino, pertenece, por tanto, a la que Genette denomina literatura en segundo grado. Pero, respecto a otros hipertextos quijotescos escritos hasta entonces, tiene la particularidad de trasladar a Don Quijote y a Sancho en el tiempo y en el espacio<sup>11</sup>, operando una transposición del marco histórico-geográfico, que Genette llama diegese, para colocar la acción en tierras burgalesas en pleno siglo XIX. Según el crítico francés «la acción puede ser transportada de una *diégèse* a otra, por ejemplo de una época a otra o de un lugar a otro, o ambas cosas a la vez»<sup>12</sup>. Y esto es precisamente lo que ocurre en el *Quijote* de Martínez Rives, en el que, usando la terminología genettiana, podemos afirmar que la «transposición diegética o, para decirlo más brevemente (si no más bellamente), *transdiegetización*»<sup>13</sup>, conlleva necesariamente algunos cambios significativos en la acción o por mejor decir en la interpretación que Don Quijote y Sancho hacen de lo que va ocurriendo, lo que no implica, sin embargo, una mutación de la idiosincrasia del caballero y del escudero, como veremos más adelante.

<sup>10</sup> MARTÍNEZ RIVES, *El Ingenioso Hidalgo ...*, 1866, p. 1.

<sup>11</sup> Cf. TOBAR, «Nuevas andanzas...», 2014, p. 349).

<sup>12</sup> Gérard GENETTE, *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*, Madrid, Taurus, 1989, pp. 377-378.

<sup>13</sup> *Ibidem*.

Entre el Quijote cervantino y el rivesiano hay una clara relación de intertextualidad que se advierte ya en el título, idéntico al de Cervantes, con la indicación de tercera parte que claramente lo pone como una continuación de la segunda parte del *Quijote* cervantino. Parece ignorar el texto de Avellaneda que precisamente había sido publicado, por entregas, en el *Eco burgalés* a partir del 30 de agosto de 1862, precediendo, consiguientemente, la versión del Quijote de Martínez Rives<sup>14</sup>. Sin embargo el pseudónimo, paronomásticamente, remite al autor de la segunda parte apócrifa; aunque es probable que lo haya tomado de la breve descripción que de su personaje hace Cervantes cuando, al empezar el prólogo, se pregunta retóricamente «¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, [...]?»). Sería plausible pensar que, vista su declarada obsesión por Don Quijote, haya querido celar su autoría bajo el nombre de Bachiller Avellanado como un modo de identificarse con el hidalgo manchego.

El encabezamiento de los títulos de algunos capítulos también recuerdan las fórmulas usadas por Cervantes: En que se refiere (o cuenta)..., «En que comienza...», «En que prosigue...», «De cómo...», «Que trata de...», «De la extraña (o maravillosa) aventura...». En algún caso se repite casi textualmente el título como sucede en el último capítulo: «Del gran discurso que pronunció Don Quijote acerca de las armas y de las letras» (cap. XXIV), que evidentemente repite con bastante fidelidad el título cervantino: «Que trata del curioso discurso que hizo Don Quijote de las armas y las letras» (I, XXXVIII).

El hipertexto de Rives es, sin duda, una imitación seria que responde a lo que Genette denomina *forgerie*<sup>15</sup> y en la que la semejanza entre el texto mimético y el modelo es completamente transparente pues Rives declara abiertamente su intención de continuar la historia cervantina alejándola, sin embargo, de su contexto diegético originario. En el prólogo de las tres primeras ediciones explica la necesidad de que en tiempos tan poco heroicos vuelva a tomar su lanza el más heroico de los caballeros andantes:

Salga, pues, del descanso a nueva vida el poderoso invicto caballero, terror de malandrines, favor de todo gran necesitado, que no es menor

<sup>14</sup> Cf. TOBAR, «José Martínez Rives ...», 2006, p. 356.

<sup>15</sup> «Para las transformaciones serias, propongo el término neutro y extensivo de *transposición*: para las imitaciones serias, podemos tomar prestado a la antigua lengua un término casi sinónimo de *pastiche* o de *apócrifo*, pero también más neutro que ellos: *forgerie*.» (GENETTE, *Palimpsestos...*, 1989, p. 40-41).

su falta en estos días que en aquellos que cuenta el admirable Manco de Lepanto; mas ruégote, lector filósofo, que pienses que vine yo a los postres de la mesa consumida, y ya fría la vianda, que ni tengo camino por donde echar, monte ni valle que recorrer que no esté ya andado y visto y repasado, y que ésta es reflexión sin fin ni cuento. Y que si son los tiempos otros, los de ahora son tales, que les niegan poder ser epopeya, con lo cual ya te he dicho todo un libro<sup>16</sup>.

Martínez Rives es perfectamente consciente de la ardua empresa en que se ha embarcado despertando a Don Quijote tres siglos después de su muerte y colocándolo en un marco histórico-geográfico muy diferente al de su primera vida, por eso se ha preparado a conciencia recorriendo los espacios que va a describir y tratando de controlar todos y cada uno de los aspectos de su obra, tanto desde el punto de vista del contenido como de la forma, como explica en el prólogo que concluye diciendo al lector que no exija de él lo que no puede dar y así no será engañado.

Después de estas consideraciones preliminares, vamos a analizar la transposición diégetica llevada a cabo por Martínez Rives, dteniéndonos solo, por motivos de espacio, en algunos significativos ejemplos.

## 2. DE LA CUEVA DE MONTESINOS A LA CUEVA DE ATAPUERCA

En primer lugar es necesario detenernos en la localización del escenario en el que vuelven a la vida Don Quijote y Sancho; aquí encontramos una primera diferencia entre hipotexto e hipertexto en cuanto, aunque Rives parte del íncipit de la obra cervantina: «En un lugar de la mancha de cuyo nombre no quiero acordarme» (I, I)<sup>17</sup>, modifica los términos del discurso:

Eran las seis de la mañana de cierto día, del cual no quiero acordarme, cuando me encontraba yo el Bachiller Avellanado en medio de la pendiente de una colina vestida de pocos árboles y raquíuticos, de algunos robles y matorrales, malamente nacidos en un terreno rojizo lleno de pedazos de cráneo de peñasco y sembrado de cantos rodados. [...]. La elocuencia de la naturaleza habla todos los estilos; es dulce y candorosa en la primavera, plácida y tranquila en la tarde del otoño, oscura en el invierno, ceñuda y tétrica en la caverna de Atapuerca, que es la de

<sup>16</sup> *El caballero de la Triste Figura*, n. 1, 1 marzo 1868, p. 3.

<sup>17</sup> Citamos de la siguiente edición: Miguel de CERVANTES SAAVEDRA, *Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Cátedra, Ed. John Jay Allen, Tomo I-II, Madrid, Cátedra, 2004.

un pardo lugarejo de Castilla de cuyo nombre he querido acordarme (n. 30, p. 1)<sup>18</sup>.

El Bachiller Avellanado, narrador homodieético, retomando el texto cervantino, da las coordinadas espacio-temporales del inicio de la historia pero de lo que él no quiere acordarse es de la fecha aunque cita la hora exacta, en cambio sí quiere acordarse del lugarejo en que se encuentra la cueva de Atapuerca. El diminutivo despectivo acompañado de un adjetivo que incrementa todavía más la insignificancia de este sitio en el que se encuentra la famosa cueva de Atapuerca, espléndida mansión de los héroes. La meticulosa descripción del paisaje entorno a la cueva, refuerza la veracidad de lo narrado. Aunque la descripción tiene mucho de poética no deja de ser bastante realista y coincide en algunos puntos con la relación técnica que hace en las páginas del *Fígaro*, en las que para describir la entrada de la gruta se sirve de un lenguaje metafórico que da idea del aspecto que presentaba:

Mirando al Sur está la entrada a la Caverna. Es un orificio escondido entre peñascos rotos, a muy corta distancia del pueblo de Ibeas. La colina que cubre, envuelve y conserva el vientre de la Cueva es de escasa elevación; en medio de la vertiente muestra la entrada sañuda como si fuese la pupila de un enorme ojo colérico (n. 14, p.2).

También el Bachiller Avellanado usa la metáfora del ojo para describir la boca de la cueva: «Por el costado derecho no hay paso, por el izquierdo se ve a flor de tierra un ojo monstruoso con su ceja de espantables dimensiones; la pupila de ese ojo es la entrada iracunda a la caverna» (n. 30, p. 1). La litografía realizada por Isidro Gil en 1868 y publicada en la obra *Descripción con planos de la Cueva llamada Atapuerca*, ilustra perfectamente el aspecto que presentaba en esa época la apertura de la cueva que, aunque deturpada por las excavaciones arqueológicas, todavía se conserva parcialmente en la actualidad.

El narrador penetra en la cueva de Atapuerca y recorre los varios espacios contemplado las increíbles y caprichosas formaciones que el tiempo y el agua han ido haciendo en la roca cárstica, hasta llegar a una sima donde se para y observa y según su atención iba fijándose, a la débil y tremolante llama «brotaban de los perfiles rotos de la sima multitud de monstruos semovientes que se atropellaban incesantes por entrar o por salir de aquel averno». Esta visión le trae a la memoria el Infierno de Dante, pues añade: «Leía yo una inscripción

<sup>18</sup> *Fígaro*, n. 30, p. 1. Citamos poniendo entre paréntesis solo el número del periódico y la página.

aún más horrible que la del infierno de Dante» (n. 30, p. 2)<sup>19</sup>. Luego el Bachiller Avellanado decide bajar al fondo de la sima y la manera en que lo hace tiene algunos puntos en común con el descenso de Don Quijote a la cueva de Montesinos. Ambos usan una cuerda para bajar a las profundidades de la caverna, en los dos casos la cuerda se termina, pero mientras que el bachiller cae en el abismo y recorre las profundidades de la tierra, el Don Quijote cervantino esperando que Sancho y el primo tiren de la cuerda para izarlo hasta la superficie se queda dormido hasta que sus dos acompañantes lo sacan de la cueva, por lo que no explora la gruta, su visión es onírica. Si lo hace, en cambio, el Bachiller Avellanado, el cual sigue describiendo paso por paso las entrañas de la cueva de Atapuerca<sup>20</sup> que ha sido el lugar de descanso, durante tres siglos, de Don Quijote y Sancho. Y el sitio en el que cae descolgándose con una cuerda viene descrito con términos que nos remiten a la descripción que hace Cervantes de la de Montesinos: «Ofrecióseme luego a la vista un real y suntuoso palacio o Alcázar, cuyos muros y paredes parecían de transparente y claro cristal fabricados» (II, XXIII). El bachiller Avellanado hace una larga relación de lo que aparece ante sus ojos al caer en la sima que empieza así: «Y di en un espléndido palacio sustentado por aéreas columnas de palmeras de transparente y casi incolora esmeralda, cuyos dóciles tallos revestían la luciente y blanca techumbre sembrada de movibles átomos de oro puro» (n. 30, p. 2).

Este sugestivo espacio está poblado por imponentes estatuas de personajes de fama imperecedera:

Por una y otra parte las efigies de los héroes. Homero el de los cantos épicos, Corinna frente a Píndaro; Sócrates el inmutable, el tierno Ovidio, Virgilio el admirado; cuantos genios existieron viven allí. César aún vibra el rayo de sus ojos; Cicerón muestra su aureola de padre de la patria; Godofre de Bullón mira triste la margen del Oriente. Tasso canta las bélicas hazañas; Colón rasga el manto que encubre medio mundo y

<sup>19</sup> La descripción parece inspirada en una de las Ilustraciones del Infierno dantesco hechas por Gustavo Doré cuya edición española había sido publicada en 1870-1871 por la editorial Montaner y Simón de Barcelona, que probablemente Martínez Rives conocía. De hecho, este pasaje de la descripción falta en las otras ediciones de su *Quijote*.

<sup>20</sup> Martínez Rives conocía muy bien la cueva de Atapuerca, de la que redacta un informe que envía al gobernador Civil y Presidente de la Comisión de monumentos de la provincia de Burgos de la que él era vocal: *Informe favorable a la reina Isabel II, del 13 de noviembre de 1863, sobre la solicitud de concesión en propiedad de la Cueva de Atapuerca, durante sesenta años a D: Felipe de Ariño y López*. RAH: CABU/9/7947/4(4).

posa el noble pie sobre los mares que retienen convulsos sus sordas iras ante tan denodada y firme planta (n. 30, p. 2)<sup>21</sup>.

Y allí estaba también Don Quijote en compañía de su fiel escudero Sancho. La presencia en este inmenso espacio en el que al lado de estatuas de personajes reales están las de dos entes de ficción como son Don Quijote y Sancho, sirve al autor para conferir todavía mayor valor al héroe.

En ambos casos se presenta repentinamente un longevo anciano con características y funciones semejantes. El Don Quijote cervantino explica a sus dos interlocutores que, abriéndose dos grandes puertas del suntuoso alcázar antes descrito, vio salir por ellas y dirigirse hacia él a «un venerable anciano, vestido con un capuz de bayeta morada que por el suelo le arrastraba. Ceñíale los hombros y los pechos una beca de colegial, de raso verde; cubríale la cabeza una gorra milanesa negra, y la barba, canísima, le pasaba de la cintura» (II, XIII). Siguiendo su narración el caballero andante explica que el recién llegado le invita a seguirle con estas palabras: «Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este transparente alcázar solapa, de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre» (II, XIII). Y efectivamente le va describiendo esas maravillas que hay «en el cristalino alcázar» empezando por el artístico sepulcro de mármol sobre el que posaba un caballero «no de bronce, ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos» (II;XXIII) que resultó ser Durandarte. En el texto rivesiano el Bachiller Avellanado, que observa todo lo que pasa a su alrededor, después de haber descrito el despertar de Don Quijote y Sancho, a los que reconoce inmediatamente, cuenta que cuando Sancho se disponía a hurgar en la alforja para ver si encontraba algo de comer «de un escondrijo lóbrego y rematadamente húmedo con grave paso, añoso continente, luenga barba, talar pardo y blanquísima melena salió un anciano sujeto apoyándose en un grueso cayado de nudosa encina» (n. 31, p. 1). Como Montesinos también el nuevo personaje se presenta a sí mismo:

- Yo, señores míos, prosiguió el de la barba blanca, soy el venerable Atapuerca, genio tutelar de esta caverna renombrada; porque es de saberse que no hay maravilla alguna de la naturaleza sin su guardián deparado por los hados. Yo obtuve en el reparto general el cuidado de esta inmensa gruta, que es, y nada menos, la mansión de todos los héroes. (n. 31, p. 2).

<sup>21</sup> El espacio descrito por Martínez Rives, correspondería al que, todavía hoy, se conoce con el nombre de Galería de las estatuas.

Las evidentes coincidencias entre ambos textos demuestran claramente la dependencia directa del hipertexto respecto al hipotexto. Pero hay diferencias significativas que vamos a ir analizando. El Don Quijote cervantino cree que ha estado en la cueva tres días y tres noches, para Sancho y el primo el tiempo transcurrido desde que le bajan hasta que le suben es una hora y el narrador lo reduce a media. El Quijote rivesiano, en cambio, permanece tres siglos dormido y, aunque no se especifica el tiempo transcurrido desde que despierta hasta que sale de la gruta, pero teniendo en cuenta todo lo que pasa en ella, ciertamente es bastante más de una hora. En el primer caso es Don Quijote el que narra su onírica visión y reproduce en forma indirecta los diálogos de los personajes soñados, entre los que se cuenta Durandarte que en “carne y hueso” reposaba sobre su tumba de la que se levanta recobrando nueva vida; en el segundo el bachiller Avellanado testigo de los acontecimientos se limita a describir lo que ve y deja hablar a los personajes, mientras que Don Quijote que llevaba tres siglos petrificado ocupando su puesto en esa “mansión de los héroes” es el que despierta. Montesinos entra por las puertas de un espléndido palacio fruto de la ensoñación quijotesca, en cambio Atapuerca sale de un escondite oscuro y lóbrego más concorde con una concavidad subterránea.

Los ejemplos citados son prueba evidente de la relación de intertextualidad y para subrayar todavía más esa relación Martínez Rives pone en boca de Sancho una referencia explícita a la cueva de Montesinos: «¡Pues atájenme esas borregas!, continuó Sancho. Y ésta si que se deja atrás la de Montesinos!» (n. 31, p. 2)

Antes de hacer salir de la cueva de Atapuerca a Don Quijote y a Sancho Martínez Rives deja bien sentado el punto fundamental para justificar la transposición diegética de los personajes cervantinos: es decir, su vuelta a la vida. El Bachiller Avellanado saliendo de su escondite se dirige a Don Quijote llamándole primero El de la Mancha y luego le dice que por su modo de hablar debe ser El de la triste Figura, pero se muestra perplejo y le pregunta si verdaderamente está vivo, puesto que su antigua muerte había sido llorada por todo el orbe. Don Quijote le invita a tocar su mano para comprobar que sí lo está, a lo que el bachiller responde: «Pues en toda la tierra por muerto y enterrado pasáis, repuse yo, con el bien entendido de ser folloncico de tate, tate, el que os resucite» (n. 31, p. 1). Citación explícita de la expresión usada por Cide Hamete dirigiéndose a su pluma, después de la muerte de Don Quijote:

—Aquí quedarás, colgada desta espetera y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada o mal tajada péñola mía, adonde vivirás luengos si-

glos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero, antes que a ti lleguen, les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres:

“¡Tate, tate, folloncicos!

De ninguno sea tocada;  
 porque esta impresa, buen rey,  
 para mí estaba guardada<sup>22</sup>.

Para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió, o se ha de atrever, a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros ni asunto de su resfriado ingenio; a quien advertirás, si acaso llegas a conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, a Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa donde real y verdaderamente yace tendido de largo a largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva; [...]. Y con esto cumplirás con tu cristiana profesión, aconsejando bien a quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que, por las de mi verdadero don Quijote, van ya tropezando, y han de caer del todo, sin duda alguna. Vale. (II; LXXIV).

Antes de estas consideraciones, Cervantes, que aquí se identifica con el narrador e incluso con el mismo Don Quijote, hace que el Cura llame a un notario de modo que testifique la muerte de Alonso Quijano «para quitar la ocasión de algún otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, y hiciese inacabables historias de sus hazañas» (II; LXXIV). Y todo este discurso conclusivo tiene como objeto, precisamente, impedir que se hagan otras continuaciones apócrifas como la del “tordesillesco” Avellaneda, el cual al final de su *Quijote* anunciaba un posible proseguimiento de su obra en la que las nuevas aventuras de Don Quijote estarían ubicadas en Castilla la Vieja.

Martínez Rives hace caso omiso de las palabras del narrador y en vez de dejar reposar en paz los podridos huesos de Don Quijote lo lleva propio a Castilla la Vieja contraviniendo los deseos de su creador. Y es Don Quijote

<sup>22</sup> Estos versos reproducen con algún pequeño cambio los de un romance de Alonso de Aguilar, incorporado a *Las Guerras de Granada* de Ginés Pérez de Hita.

quien acepta tranquilamente su vuelta a la vida justificándola de esta manera: «¡Bah!, exclamó Don Quijote: *Post tenebras spero lucem*, dicen juntos los volúmenes todos de mi historia; y ésta mi nueva vida no es más sino que se ha cumplido el plazo de Barcelona» (II, 68). Retoma el mote latino que el mismo había usado para expresar sus esperanzas de que pronto podría volver a su vida de caballero andante al cumplirse el plazo establecido a raíz de ser derrotado por el Caballero de la Blanca Luna: «no tardará el cumplimiento de ellas más de cuanto tarde en pasar este año; que *yo post tenebras spero lucem*» (II, 68). Don Quijote no solo asume con entera naturalidad el hecho de estar vivo, sino que lo justifica ulteriormente diciendo al Bachiller Avellanado que solo se mueren del todo quienes dejan el libro de sus empresas en blanco, los ignorantes, los descreídos y los envidiosos, pero no los magnánimos; luego se pregunta qué sería del mundo sin héroes y de los héroes con la muerte, para concluir afirmando su inmortalidad. Con estos discursos del héroe manchego queda justificada su nueva vida en Castilla la Vieja.

### 3. DE LAS JAMÁS IMAGINADAS AVENTURAS CON GIGANTES QUE NO SON MOLINOS

Cuando bruscamente son arrojados por Atapuerca de la cueva, Don Quijote y Sancho se encuentran en un contexto espacio-temporal desconocido para ellos, la nueva realidad les sorprende por inesperada pues, mientras que el mundo ha evolucionado mucho en los tres siglos transcurridos, ellos siguen siendo los mismos y, además, no tienen la menor idea de los avances de la ciencia y de la técnica. Consiguientemente su percepción de lo que les rodea, que poco o nada tiene que ver con el contexto histórico-social de su primera vida, está condicionada no solo por su propia idiosincrasia sino también porque su idea del mundo ha quedado anclada a su siglo. Es casi imposible trasladar una acción de una época a otra, efectuando un salto temporal de tres siglos sin modificar algunos elementos pues, como dice Genette: «La transposición diegética arrastra inevitablemente y necesariamente algunas transposiciones pragmáticas»<sup>23</sup>.

Una de las aventuras más populares de Don Quijote es, sin duda, la de los molinos de viento, que él cree gigantes. En los parajes entorno a la ciudad de Burgos no encuentra molinos que en su locura pueda confundir con gigantes pero lo que sí encuentra son trenes, cuya presencia en el paisaje burgalés era una realidad desde que en noviembre de 1860 llegara el primer tren a la capital castellana (solo tres años antes de que Martínez Rives publicara la primera edición de su *Ingenioso Hidalgo*) y un año después se prolongaba hasta otros

<sup>23</sup> Genette, p. 378.

16 kilómetros hasta Quintanapalla, y en 1864 ya estaba terminado todo el recorrido. Y es precisamente en este nuevo tramo donde Don Quijote se topa con este medio de transporte producto de las nuevas tecnologías.

El primero que encuentra es «un tren de mercancías que transportaba de un punto a otro las casetas de su servicio con otro gran número de menesteres» (n. 32, p. 1) del que antes de aparecer oyen a lo lejos un «rumor sordo y continuado cual de oculto volcán, y además ruido de hierros o cadenas que se chocan o enredan o que arrastran» (n. 32, p. 1), ruidos que, a medida que se acercaba el tren iban aumentando hasta hacer temblar la tierra. Sancho piensa que se trata de un volcán y Don Quijote, enardecido, se prepara para su primera aventura en esta su segunda vida. Desconcertado ante la insólita visión que supera los límites de su fantasía Don Quijote pregunta a Sancho si también ve lo que él interpreta como una ciudad con sus palacios, granjas y campanarios que se acerca marchando majestuosamente hacia ellos; y el realista escudero esta vez no puede desmentir a su señor, también a él le faltan los parámetros para explicar lo que ve y quizás un poco qui jotizado, identifica al extraño monstruo con los gigantes tantas veces imaginados por su amo: «¡Y que no trae el jayán menos de una docena de pueblos con su muros, barbancas, adarvas, minarettes, fosos y estacadas! (n. 32, p. 1)

Don Quijote hace algunas curiosas hipótesis sobre esa singular procesión de pueblos, pero a final decide ir contra “el bárbaro enemigo” que hubiera podido atropellarlo con lo que, probablemente, como reza el título del capítulo, ésta hubiera sido su última aventura si un desmonte del terreno no hubiera hecho detener a Rocinante. Desaparecido el tren siguen comentando lo que han visto y Sancho no pudiendo entender que los pueblos anden solitos y que los animales viajen en coche, se convence de que todo ello es obra de encantamiento:

Porque hago saber a su merced, que según yo venía del montezuelo, advertí clara y distintamente como machos, caballos, bueyes y asnos sacaban muy formales las cabezas por las ventanas, bien que siempre hayan de sacarlas por alguna parte, cualquiera que sea el sitio o lugar en que se encontraren, sin que vaya el caso por vía de encantamiento (n. 32, p. 2)

Sancho asume, por tanto, tranquilamente lo tantas veces repetido por Don Quijote, es decir la existencia de magos que transforman las cosas; mientras que Don Quijote se pregunta qué harían los Amadises, Belinises y Reinaldos en un caso semejante. Más adelante, pensando en la «majestad del tren en

marcha, en el compás potente de su movimiento y en el poder con que devoraba la interminable cinta de su vía» (n. 32, p. 2) empieza a advertir el gran abismo que hay entre éste y su antiguo mundo y llega a la conclusión de que los encantamientos funcionan de otra manera, antes eran ilusión ahora son realidades tangibles. Así pues, con gran sensatez dice:

-¡Oh Sancho! [...] ¡y qué campos, sucesos y andares son aquestos! No ya las magias son imaginaciones ni antojos, sino patentes realidades; y aun por ellos párate y considera la paz de estas comarcas, la alegría y adorno de estos cármenes, el nivel, hermosura y limpieza de estas derechas sendas, el orden y concierto de los árboles, haciendas y mansas corrientes aguas. ¡Oh mundo de mis antiguos días, y donde están tus torres y tus muros, tus verdinegras, rechinantes atalayas, tus vedadas, adustas, inciertas vías, tu soledad doliente y pavorosa! Pues nadie ha presentado ni extrañado el formidable ruido de Atapuerca, ni la Santa Hermandad aún aparece (n. 32, p. 2).

En el hipotexto cervantino Don Quijote, al comprobar en sus propias carnes que efectivamente lo que le parecían gigantes han resultado ser solo molinos como le había advertido Sancho, achaca al mago Festón la transformación, en el de Rives hay un cambio de perspectiva, pues caballero y escudero ven lo mismo y lo que ven está fuera de los límites de su conocimiento. Ante esta realidad para ellos tan irreal, la conclusión que saca el hidalgo manchego es que en estos nuevos tiempos la magia ya no es ilusión sino algo verdaderamente real. Empieza a darse cuenta de que la realidad es otra completamente distinta a la de sus antiguos días.

El segundo tren es un expreso que se dirigía a Vitoria y que, como el primero, venía precedido de un rumor sordo pero esta vez «entremezclado de silbidos de serpiente que se abrasa en llamas» y rodeado de una negra nube de denso humo se elevaba a la atmósfera dibujando en el aire la ruta de su espantable caminata; mientras que la tierra toda tiritaba» (n. 32, p. 3). Si al primer tren Sancho lo ha llamado jayán, a este segundo Don Quijote lo identifica ya con Briáreo, el gigante de los cien brazos al cual alude el Don Quijote cervantino cuando ve que los molinos de viento empiezan a mover las aspas: «pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briáreo, me lo habéis de pagar» (I, VIII)<sup>24</sup>.

<sup>24</sup> El Bachiller Carrasco también hace alusión a Briáreo cuando, respondiendo a Don Quijote dice que de sus aventuras: «hay diferentes opiniones, como hay diferentes gustos: unos se atienen a la aventura de los molinos de viento, que a vuestra merced le parecieron Briáreos y gigantes; otros, a la de los batanes; [...]» (II, III).

Rives toma la escueta alusión de Cervantes y amplía la información sobre Briáreo al que llama también Egeón<sup>25</sup>, nombre que le atribuye Homero en la *Iliada*, que, ciertamente, él conocía bien puesto que fue la catedrático de mitología en el instituto de Burgos.

Ves ahí ya al gigante Briáreo, Egeón por otro nombre, el de las cien cabezas y brazos ciento, hijo del gran Titán, que es el mismo Océano, y de la seca tierra, por lo que así corre como nada, y así traspasa y taladra el mar como rocas y montañas. Ves ahí, oh valeroso e ínclito escudero, como vuelve a mí otra vez colérico y sañudo, sangriento y vengador de un anterior, reciente descalabro, rojos los ojos ardiente el vientre inmenso, figurando serpiente de averno. ¡Pues se figurará no le conozco! (n. 32, p. 3).

El Don Quijote rivesiano como el cervantino no duda en enfrentarse con este descomunal monstruo, pero afortunadamente «conociendo el maquinista la locura y desesperación de aquel hombre que a tan segura muerte se exponía» (n.32, p. 3) hace salir chorros de vapor que dan en tierra con caballo y caballero. Sancho, que estaba huyendo del peligro, al ver a su señor en tierra acude para ayudarlo y exclama: «¡Medradicos quedamos con las mañas de estos tiempos!» (n.32, p. 3); en tanto Don Quijote sintiéndose húmedo de pies a cabeza, piensa que está bañado en sangre y pide a su escudero que busque las profundas heridas pues su sangre se va a chorros, y al comprobar Sancho que no tiene ninguna herida, no se explica de donde vienen las humedades que tiene. De nuevo se sienten desconcertados por algo que no pueden entender y cada uno reacciona según su personalidad: Sancho con el miedo que le caracteriza corre hacia el monte para ponerse a salvo, aunque luego diga a su amo que ha ido a buscar un garrote con que ofender al gigantón y Don Quijote con su habitual locura interpreta los hechos bajo el filtro de los libros de caballerías

<sup>25</sup> Briáreo era uno de los tres Hecatonquiros (del griego Ἑκατόνχηρες, que significa “los de las cien manos”) o Centimanos (del latín “centimanus”), tenía cincuenta cabezas y cien brazos y una gran fuerza. Según Hesíodo Briáreo era hijo de Urano: «A Briáreo, a Coto y a Gíges, cuando en un principio su padre (Urano) / se irritó con ellos en su corazón, / les ató con fuerte cadena receloso de su formidable vigor, así como / de su belleza y estatura, y les hizo habitar bajo la espaciosa tierra» (*Teogonía*, 617- 620); lo mismo dice Apolodoro (*Biblioteca*, I-1). Homero es quien identifica a Briáreo con Egeón, Aquiles dice a su madre: «Mas tú, oh diosa, ascendiste y lo soltaste [a Zeus] de las ataduras / llamando de inmediato al espacioso Olimpo al Centímano, / a quien los dioses llaman Briáreo, y todos los hombres / Egeón, porque él es a su vez más fuerte que su padre» (*Iliada*, I, 401-404). La identificación ha suscitado desde antiguo muchos interrogante que han sido bien analizados por Joan PAGÈS CEBRIÁN («Briáreo: notas a *Iliada* I, 401-406», *Emérita, Revista de lingüística y Filología Clásica*, LXXXI 1 (2012), pp. 107-123.

y afronta el peligro sin miedo como él mismo afirma. Pero también Sancho contagiado por su amo cree que el tren es el gigante Briáreo que tiene cautivas a numerosas doncellas: «Pues, saber has que el vientre de Briareo no es sino gran palacio de salones infinitos alumbrados de lámparas sin cuento, adornado de fermosísimas doncellas, en su cautividad aun contentísimas» (n. 32, p. 3).

Con el tercer tren no hay ninguna lucha, lo ve solo Don Quijote y habla de él a Sancho mientras ambos comentan las pasadas aventuras con los gigantes/trenes. La conversación entre ellos es un ejemplo claro de la interpretación que hacen de unos hechos que para cualquier persona perteneciente a ese siglo XIX es una realidad cotidiana mientras que para ellos solo pueden ser posibles por encantamiento. Transcribimos el texto en el que Don Quijote explica cómo entendió que era Briareo y dice que vio a otro cíclope que salía de dentro de la tierra y le guiñaba el único ojo ardiente que tenía en medio de la frente y que concluye con él la aclaración del narrador de que se trata del farol del tren:

[...] ¿en qué barruntó su merced que había trazas y ribetes de mágica en la aventura de Briareo el de los Cien Brazos?

- En que por los lados de su camino, dijo Don Quijote, y sobre los largos palos clavados en su línea vi hilos de hierro suspendidos, los cuales, con ser tan delicados, dígame Sancho, que son y no menos, la magia de las magias. Y vi así bien a lo lejos otro cíclope gigante enterrado de tal manera que solo le sobresalían del suelo el larguísimo pescuezo y la aplastada cabeza.

- ¿Es, sin duda, condición de cíclopes gigantes, vivir así soterrados? Preguntó Sancho.

- Lo es el no tener más que un ojo y eso en medio de la frente; si que el que yo vi era de puro fuego, contestó Don Quijote.

- ¿Y qué se hacía ese cíclope? insistió Sancho.

- Quiñar y más quiñar, Sancho, como si engañarme pudiera, dijo Don Quijote. Dábale por detrás un rayo de sol que toda su redondel furibundo enrojecía.

Esto juzgó Don Quijote del farol de avance y aviso del camino de hierro. (n. 33, p. 1)

Don Quijote describe los postes y toda la catenaria sin tener idea de lo que es por eso sigue creyendo que es obra mágica y acto seguido habla del nuevo tren que ha visto probablemente saliendo del túnel de la Brújula, como se deduce de todo el diálogo. Don Quijote lo identifica inmediatamente con los cíclopes, a los que su padre Urano había encerrado bajo tierra y que, como es

bien sabido, tenían un solo ojo en la frente por eso solo puede ver el largo cuello y la cabeza con un ojo de fuego solo en medio de la frente, como se deduce de la descripción que hace. Como en los casos anteriores interpreta una realidad de la sociedad industrializada incomprensible para él como uno de los muchos gigantes enemigos acérrimos de los caballeros andantes.

El cuarto tren, que aparece por detrás de una colina, se dirige hacia Burgos, pero las circunstancias de este nuevo encuentro han cambiado bastante. Don Quijote ha entrado en contacto con muchas personas que le han puesto al corriente de los progresos de la técnica y de la ciencia, y que incluso han organizado para él festejos semejantes a los recibidos, en la segunda parte del *Quijote* cervantino, en la corte de los duques. Además no está Sancho que ha sido propuesto como procurador, sin embargo Don Quijote no está solo, le acompañan algunos caballeros burgaleses disfrazados de personajes que forman parte de la historia de la ciudad (Cid, Diego Porcelos, Fernán González, Laín Calvo, Nuño Rasura, los infantes de Lara, etc) y está furioso porque acaba de descubrir el engaño. Entonces ve llegar de nuevo «el mismo descomunal y ardiente Briareo con toda su rodante escuadra» (n. 37, p. 1) y observando cómo «el jayán detiene y para el inacabable e indómito caminar de su carrera al pie de ese su solitario y rojo alcázar» (n. 37, p. 1) se dispone a atacarlo. A este punto interviene el disfrazado de Cid, para explicarle que no es un gigante lo que tiene delante sino el tren que se dirige a Burgos y que ellos van a coger en su compañía. A pesar de todo decide ponerse en acción y como Sancho está en “procuraciones” pide a uno de los mozuelos de Lara que le haga de paje, pero el caballero disfrazado de Fernán González, padre del chico se opone rotundamente temiendo lo que pueda pasarle a su hijo. Pero viendo que la máquina venía de frente como si quisiera encontrarse con él, «antes de que el alado y rugiente monstruo se acercase prorrumpió en espantables voces el de la Triste Figura, mientras volaba por la vía frente a frente y espada en mano contra la ferocidad del gigantazo» (n. 37, p. 2). Al observar que arremetía contra el monstruo con locura jamás vista, los que presenciaban el espantable suceso gritaron angustiados, mientras a lo lejos se oían las voces de Don Quijote: «No fuyades, malsines y rufianes; non fuiros, trogloditas antropófagos, que un solo caballero aquí vos espera y reta a la batalla!» (n. 37, p. 2). Acudieron todos y encontraron a Don Quijote lleno de ceniza pues había caído en la caja de descarga de las máquinas. La aventura con este último tren termina acomodando a Don Quijote en uno de los coches del tren que partió inmediatamente para Burgos.

El último encuentro de Don Quijote con un imaginado gigante tiene lugar después de una singular aventura en el teatro de Burgos. Mientras pasea per-

dido por un bosque cercano, oye un habla lejana y quejidos lastimosos que venían «del seno y de los ámbitos altísimos de la misma atmósfera» (n. 39, p. 1), mira al cielo repetidamente y no ve nada

y como los ayes continuasen y los ecos tristísimos de lo alto, Don Quijote creyó dar en el hito y tropezar con la verdad de aquella aventura, que no podía ser otra sino que algún gigante desafortunado conducía su presa por los vientos para trasportarla de uno a otro polo de la tierra por entre la tiniebla de la noche; y a largos pasos ganando un no lejano ribazo, vio El de la Mancha no haberse engañado, pues un descomunal y jamás visto jayán iba volando por los aires iluminado por una roja tea de chispeante llamas (39, p. 1)

Lo que ve sobrepasa los límites de su imaginación, se convence de que «el monstruo volador no era fantasma sino realidad de horribles dimensiones» que llevaba una gran carga que él distingue perfectamente. La reacción es la que se espera de Don Quijote, atacar al gigante, pero no tenía fácil «subirse por los aires para poder habérselas con el formidable y bárbaro adversario; y aquí fue el empezar Don Quijote a insultos, denuestos e imprecaciones con voces tales que semejava furia» (n. 39, p. 1). Y aquí vemos al caballero brincar y saltar ridículamente en el vano intento de alcanzar al endemoniado coloso y no consiguiéndolo le sigue la pista. Poco después empieza a descender y se apaga su lámpara, entonces, a la luz de la luna puede ver su extremada fealdad y también que va vestido a lo moruno con turbante y media luna y con un cuerpo desproporcionado: «Colgábanle las moles de sus brazos como si fuesen dislocados, y gruesas como cadenas llevaban un negro cajón pendiente y oscilante; y todo era nada si se atendía al vientre que se tragaba y engullía todas las piernas» (n. 39, pp. 1-2). El caballero piensa que el mejor modo de vencer al jayán es enfiar la espada por la espalda y atravesarle de parte a parte, las circunstancias le favorecen pues «ya cercano a la tierra el morazo, hubo de enredarse el cajón en la maleza del terreno, deteniendo la marcha del Señor Sultán» (n. 39, p. 2): Aprovecha la favorable coyuntura para abrir una brecha en el vientre con lo que él mismo, siguiendo a la espada atraviesa el cuerpo del monstruo y termina en tierra cuan largo era; se toca todo el cuerpo y no encontrando rastro ni de tripas ni de sangre, casi pierde la razón; luego vuelve la vista hacia el jayán y al no ver «más que humo mucho, juzgó que el encantador se había transformado en nube, dejando rota, arrugada y revuelta toda su vestidura por aquel campo» (n. 39, p. 2). El narrador en esta ocasión no especifica contra qué ha luchado Don Quijote, pero la descripción que hace no deja lugar a dudas, se trata de un globo aerostático, cuya tela rota por la

espada queda tirada en la tierra. Pero el estupor del caballero llega a lo indescriptible, cuando se acerca al cajón para comprobar la presa que allí escondía el bellaco gigante:

Lo primero fue dar con un trozo como de tela gruesa y peluda, sin poder adivinar qué cosa fuese; mas, tirando hacia fuera y rasgando y redondeando el agujero se observó como al primer trazo venía unido otro semejante, y ambos unidos según es de hacer un buen orden y justicia completaban dos orejas de asno. Tras las orejas salió una cabeza, y tras ella un cuerpo con que resultó un jumento completo. Después apareció el buen Sancho todo aturrido, confuso y desbaratado (n. 39, p. 2).

Nada parecido habían visto en su primera vida, tanto que después de esta asombrosa aventura en la que ha visto volar a Sancho y el rucio se ha transformado en grifo (aparte las orejas), dice Don Quijote, no habrá cosa alguna que le cause espanto. Pero no puede satisfacer su curiosidad de aclarar el extraordinario suceso, la llegada de los caballeros que le estaban buscando lo impide.

Dopo otras muchas aventuras, Don Quijote encuentra la ocasión oportuna para que Sancho le explique su excelsa aventura por los aires, pero lo primero que dice el escudero es «que más fue el rodar por la tierra que navegar los cielos; mas una vez de esto vale por mil de aquello otro» (n. 45, p. 3). El escudero respondiendo a la pregunta de su señor sobre lo ha visto arriba y lo que ha hecho al asno, dice que no puede decir mucho pues iba confuso y mareado, del rucio, en cambio, dice Sancho se había echado tranquilamente «en su cama que de paja le hicieron los fantasmas, de la cual él se dio a comer cual si fuera en establo de gran caballero muy bien alojado» (n. 45, p. 3). Sin darse cuenta, ha dado la explicación de por qué el globo descende: al comerse el rucio la paja<sup>26</sup> que servía para alimentar el humo el vehículo aéreo va perdiendo altura hasta llegar a tierra. De la conversación entre ambos se perfila la respectiva visión de los hechos: con su sentido práctico de las cosas Sancho cuenta con gran realismo lo que ha visto, aunque no lo entienda y a través de sus palabras llegamos a saber que “las fantasmas” son las que le han hecho subir a ese artilugio, que ciertamente no es un gigante sino «un vejigón de papel inflado» al que el humo caliente hace ascender por los aires; Don Quijote, aferrado a sus libros de caballerías, aunque la explicación de Sancho haya aclarado porque estaba vacío el vientre del extraño objeto, lo sigue considerando un gigante, incluso después de la insistencia del escudero se mantiene en sus trece: «Con todo eso,

<sup>26</sup> Los hermanos Montgolfier, obtuvieron otro gas más ligero que el aire quemando paja húmeda que producía un humo de gran fuerza ascensional.

insistió Don Quijote, yo vi como bajó a la tierra el jayán que osado te llevaba en cuanto que a él llegaron las mis imprecaciones y el mi reto» (n. 45, p. 3).

No podía faltar aquí el recuerdo del viaje a lomos de Clavileño, solo que éste había sido una farsa mientras que el que ha hecho Sancho por el cielo de Burgos es real. Sin embargo, en el de ahora no tiene nada que decir, en cambio en el de antes cuenta maravillas después de haber puesto en duda el viaje mismo. Las fantasías que el escudero contó en el jardín de los duques (de las que hasta Don Quijote duda), las desmiente en los bosques burgaleses donde, respondiendo a la observación de su amo que le rememora que, comentando el vuelo en Clavileño, había hablado de los tamaños de la tierra y de los hombres y había asegurado que había estado en compañía de las pintorescas y coloridas siete cabrillas, dice socarronamente: «Debió ser aquello [...] efecto de la dureza de los lomos del caballo; que el dolor hace ver las estrellas, aun en medio del día, según su merced pudo probarlo. Además, que para bien hacer no hay como hacer dos veces» (n. 45, p. 3).

Como hemos visto Martínez Rives mantiene las características esenciales de Don Quijote y Sancho que, sin embargo, transportados de golpe a una época moderna e industrializada no pueden, ciertamente, comportarse como los hombres acostumbrados a las nuevas tecnologías, pero tampoco como los personajes cervantinos, pues lo que ven y oyen les desconcierta al no conseguir interpretarlo según sus parámetros habituales.

#### 4. CONCLUSIONES

Sería interesante hablar de otros episodios de transdiegetización espacio-temporal inspirados en el hipotexto cervantino, pero requeriría un espacio mucho más amplio, así pues nos limitaremos a citar solo algunos: Don Quijote asiste en el teatro de Burgos a la representación de una obra sobre Carlos V en la que Bárbara Blomberg está en Yuste cuando muere el emperador, y al ver el poco respeto con que se trataba la figura del emperador sube al escenario y desbarata todo, como en su primera vida había hecho con el retablo de Maese Pedro; caballero y escudero viven una singular aventura en el monasterio de Fresdelval donde, después de la desamortización, se había instalado una fábrica de cerveza y también allí rompe calderas, ampollas alambiques creyendo que son los utensilios para las pociones del mago que tiene prisioneras a princesas y damas; la misteriosa aventura vivida en el palacio de Saldañuela, mandado construir por Felipe II para su amante Isabel Osorio; la estancia en casa del marqués de Ayuco que rememora la de los duques del texto cer-

vantino. No es menos significativo a efectos de la transposición diegética el descubrimiento que hacen de cosas tan comunes en el siglo XIX como son el telégrafo, las cerillas o los diarios; o las narraciones intercaladas sobre historias del siglo XIX en las que retrata la vida, los tipos y las costumbres de su época. Martínez Rives, trasladando a Don Quijote a su siglo, presenta una visión crítica de la sociedad industrializada y consigue el objetivo que se había propuesto trayendo a Don Quijote a su siglo: poner en evidencia la necesidad de un caballero idealista y puro que luche contra las injusticias que todavía siguen existiendo.